

PRÁCTICA ANTROPOLÓGICA DEL OTRO LADO DEL MUNDO: UNA ARGENTINA EN NEPAL¹

ANTHROPOLOGICAL TRAINING ACROSS THE WORLD: AN ARGENTINE IN NEPAL

*Andrea Grimaldi*²

RESUMEN Este artículo propone que en grupos sociales donde las relaciones de género determinan fuertemente las interacciones de los miembros de una comunidad, estas relaciones van a extenderse y envolver al investigador también, determinando la percepción que se tiene de él y afectando sus propias interacciones, particularmente cuando la investigadora es mujer. A partir de la reflexión de mi posicionalidad dentro del trabajo de campo realizado en Pipariya, una aldea del sur de Nepal, pude incluir una perspectiva de género en mi investigación sobre la migración internacional de hombres nepaleses. Esa perspectiva me ayudó a comprender mejor y complejizar las tensiones generadas en hogares de la comunidad tharu por la administración de las remesas en un contexto de grandes cambios culturales y económicos.
Palabras clave: Migración internacional, género, reflexividad.

ABSTRACT This article argues that in social contexts in which gender relations strongly determine interactions between members of the community, these relations will be expanded to include the researcher as well, defining how the researcher is perceived and impacting his or her own interactions. Reflecting on my positionality during the fieldwork I did in Pipariya, a small village located in the southern part of Nepal, I was able to include a gender perspective in my analysis of international male labor migration. This analysis helped me understand in a more complex manner some of the tensions generated in Tharu households regarding the administration of remittances, in a context of rapid cultural and economic changes.
Keywords: International migration, gender, reflexivity.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30972/dpd.792812>

¹ Artículo recibido: 15 de Septiembre 2017 – Aceptado: 2 de Noviembre 2017

² Macalester College (Estados Unidos).
E-mail: andrea.grimaldi19@gmail.com

INTRODUCCIÓN

En el ámbito académico, la separación emocional y física entre el investigador y su área de estudio se considera necesaria para ver emerger patrones en el análisis cultural. Desafortunadamente, pocas veces se promueven los espacios que permiten al académico analizar detalladamente la relación que desarrolla con sus sujetos de estudio, y aún cuando esto se hace, se considera más como una reflexión personal que como una instancia del proceso de investigación.

Es recién cuando Renato Rosaldo (1993) explicita que comprendió mejor lo que los Ilongots le explicaban sobre aflicción e ira a partir de la pérdida de su esposa que empieza a desarrollarse el campo de la reflexividad, el cual permite expandir los horizontes epistemológicos de la investigación social. La reflexividad es la conciencia del investigador sobre su persona y los condicionamientos sociales y políticos (Guber, 2001) en los que actúa y desarrolla su investigación. Este proceso puede ayudarnos a darle mayor profundidad a nuestros descubrimientos.

En este ensayo propongo que en grupos sociales donde las relaciones de género determinan fuertemente las interacciones entre miembros de la comunidad, estas relaciones van a extenderse y envolver a la investigadora también, determinando la percepción que se tiene de ella y afectando sus propias interacciones, especialmente cuando esta pertenece a la categoría oprimida, en este caso, mujer. Es entonces responsabilidad de la investigadora reflexionar sobre su posicionalidad y poder sumar esta perspectiva de género al análisis social.

En mi caso particular, entender cómo era percibida como mujer dentro de la comunidad donde realicé la investigación, me ayudó a considerar la categoría de género como una dimensión clave dentro de un proceso migratorio fuertemente masculinizado. En una sociedad donde los roles de género están marcados de forma fundamental y son imposibles de obviar, es importante reflexionar para examinar críticamente de qué manera mi persona afectaba el desarrollo de la investigación. Como dice De la Cuesta-Benjumea (2011), la reflexividad es una habilidad huma-

na que está presente en las interacciones sociales y precisamente por esto se hace presente en la investigación cualitativa.

DEFINIR EL OBJETO DE ESTUDIO

Estas reflexiones surgen del trabajo de campo que realicé en Nepal entre 2014 y 2015 para completar mi tesis de grado de la Licenciatura en Antropología, carrera que cursé en la universidad estadounidense Macalester College. Como parte de nuestras prácticas, se le ofrece a los estudiantes participar en un programa de estudios en el extranjero. Incentivada por mi asesor de tesis, quien había realizado su doctorado en una comunidad nepalesa, decidí aventurarme a un lugar nuevo y completar mis prácticas en Nepal.

Durante los meses que precedieron a la celebración de la Copa Mundial en Brasil de 2014, y que se superpuso con mi preparación para ir a Nepal, apareció un artículo en el periódico inglés The Guardian. El artículo, escrito por Robert Booth, exponía las circunstancias de trabajo precario de los nepaleses que se desempeñaban como obreros en la construcción de estadios de fútbol en Qatar para el Mundial de 2022, y condenaba la muerte de muchos de estos trabajadores. Booth estimaba que para 2022 cuatro mil nepaleses iban a haber muerto en la construcción de estos estadios. Claramente, la vida de estos trabajadores nepaleses poco importaba. Para sus empleadores, estas personas eran consideradas humanos de segunda categoría, por quienes no valía la pena implementar normas de seguridad laboral, ni merecían recibir seguros o beneficios. Para los medios que contaban sus historias, estos obreros eran personas indefensas, manipuladas y abusadas por sus empleadores, vulnerables debido a la pobreza de la que provenían. El trabajo de Robert Booth, a pesar de estar basado en una investigación profunda del tema, tiene un tono sensacionalista que está presente en casi todos los artículos periodísticos que describen la situación de los nepaleses –y de otros trabajadores del sur y sureste asiático– en los países del Golfo Pérsico.

La falta de "agencia" en la manera de describir a los nepaleses en estos artículos me motivó a aprender sobre el fenómeno migratorio laboral nepalés. Durante los cinco meses que pasé en Nepal, en la segunda parte de 2014, escuché muchas historias de sufrimiento y también de éxito de nepaleses en el exterior. En todas las aldeas, pueblos y ciudades que visité había varias familias que tenían al menos un miembro trabajando en el exterior. Según el Banco Mundial,

las remesas componen un 30% del Producto Bruto Interno de Nepal para el período 2015/2016 (World Bank, 2017), figura que ha crecido exponencialmente en los últimos 15 años. La emigración laboral es un fenómeno cercano a casi todos los nepaleses y las nepalesas, ya sea personalmente o a través de un familiar.

Nepal era un país y una sociedad casi completamente desconocidos para mí en ese momento. Mi asesor de tesis me aconsejó algunas lecturas para prepararme. Hizo hincapié, en todo momento, sobre el impacto que podría tener ser mujer para hacer investigación en Nepal, y cómo esto podía influenciar mi relación con mis informantes. Ya desde antes de comenzar me fui preparando para tener una actitud reflexiva en todo momento y fue importante informarme para poder definirme dentro del espacio sociocultural nepalés.

Dos libros acompañaron mi preparación, el primero fue *Dangerous Wives and Sacred Sisters*, una etnografía publicada en 1983 por Lynn Bennett. Esta etnografía describe con lujo de detalle el simbolismo religioso y cultural del hinduismo nepalés, y las tensiones diarias que atraviesan las mujeres de casta alta en Nepal. Para mí, fue una introducción a un concepto distinto de mujer y de feminidad, y el relato de Bennett me permitió entender de antemano algunas prácticas religiosas que iba a encontrar en Nepal. El segundo libro, escrito por Katharine Bjork, se titula *In the Circle of the Dance* (1999). Este libro relata la experiencia de Bjork en Pipariya, la aldea donde yo hice mi investigación y donde ella acompañó a su marido mientras él hacía su propio trabajo de campo doctoral. Esta lectura fue clave para poder anticipar cómo se podrían desarrollar mis relaciones con algunas de las mujeres locales. Ella narra la manera en la que encuentra su lugar dentro de la aldea, integrándose a la comunidad de mujeres a través de la participación en el trabajo doméstico colectivo de la casa donde estaba siendo hospedada.

Estas autoras me ayudaron a prever cuáles características de mi propia persona, tales como el color de mi piel, mi género y mi capacidad (o no) de comunicarme en el idioma local, resaltarían en Nepal. Habiendo entendido la forma en la que podría ser percibida, me embarqué en la aventura de mi investigación.

METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN

La etnografía que produce está basada en entrevistas, encuestas y observación participante realizadas durante dos períodos de

³ Todos los nombres de lugares y personas han sido cambiados para preservar la identidad de los participantes.

trabajo de campo. El primero fue en 2014, año en el que pasé cinco meses en Nepal. Durante los primeros cuatro meses, además de aprender el nepalés, tuve la oportunidad de entrevistar a varios hombres que habían emigrado y a mujeres cuyos esposos eran migrantes. Estas personas pertenecían a distintos grupos étnicos y castas, y provenían de diversos distritos dentro del país. También entrevisté a los miembros de una ONG local que ayuda a trabajadores nepaleses en Arabia Saudita y Malasia. El último mes de mi estadía lo pasé en Pipariya³, una pequeña aldea al sur de Nepal, en el distrito de Chitwan. Fui aconsejada a dirigirme hacia esta aldea ya que muchas de las familias que allí residen tienen al menos un miembro trabajando afuera. Elegí Pipariya también porque su población está dividida étnicamente entre tharu (uno de los grupos indígenas de las planicies nepalesas) y bahun, personas de casta alta originalmente provenientes de las sierras de Nepal. Personalmente, me interesaba aprender sobre las prácticas migratorias de los grupos indígenas de Nepal, ya que ocupan un lugar único en la diversa sociedad nepalesa. Al mismo tiempo, deseaba aprender sobre las fricciones sociales producidas entre grupos indígenas y gente de las castas más altas. Pipariya y las experiencias de sus habitantes se convirtieron, entonces, en el enfoque de mi investigación.

Tuve la suerte de ser bienvenida a la comunidad por un joven emprendedor tharu, Pramesh Chaudhary, figura muy conocida y admirada dentro del distrito. Él me facilitó el contacto con casi todas las familias tharu de la aldea, así como también con familias bahun, con personalidades importantes del lugar y con distintas instituciones que afectan de una forma u otra la emigración tharu. En diciembre de 2015, justo un año después de mi trabajo de campo inicial, regresé a Nepal gracias a una beca de investigación de mi universidad. En esta segunda oportunidad pasé un mes en Pipariya entrevistando migrantes retornados, sus padres, personas de la aldea que no hubieran migrado, mujeres con distinto grado de educación, entre otros. Decidí realizar todas estas entrevistas para poder obtener una perspectiva compleja y abarcativa de la comunidad en un plazo muy corto de tiempo. En total, entre mis dos experiencias en el campo, entrevisté a cerca de 40 personas y realicé 20 encuestas. También pasé infinitas horas escuchando historias de migrantes, sentada alrededor del fuego en las frías noches del invierno nepalés, por lo que estoy por siempre agradecida a la gente de Pipariya, quienes me abrieron sus hogares y sus corazones para poder realizar esta investigación.

⁴ Entre estas reglas, caben destacarse las relacionadas a la menstruación y la maternidad. Para más información sobre prácticas tharu, referirse a Müller-Böker (1999).

DELIMITAR MI ESPACIO EN PIPARIYA

INTERACCIONES CON HOMBRES: PROFESIONALISMO Y FÚTBOL

En la tesis de mi trabajo de campo final intento definir cuál es el impacto que tienen las remesas –entendidas como motivación y resultado de la migración laboral– en las relaciones dentro de la comunidad de Pipariya. Me enfoco principalmente en el rol de la mujer como receptora de esas remesas. Para comprender esto es necesario analizar la composición del núcleo familiar en su totalidad, y las distintas jerarquías y relaciones dentro del hogar. Como mi enfoque es la familia, al organizar mis entrevistas decidí hacerlas tanto con hombres migrantes como con mujeres receptoras de remesas. Por un lado, me interesaba hablar con hombres que hayan migrado en un pasado o que estén interesados en migrar en el futuro. Por el otro, buscaba hablar con mujeres cuyos hijos o esposos estuvieran en este momento trabajando en el Golfo Pérsico y que les enviaran parte de su sueldo. Entrevistando a los dos lados de la migración –aquellos que se van y aquellos que se quedan– esperaba encontrar una explicación más profunda al impacto de las remesas en la familia en su totalidad.

Los tharu, a pesar de considerarse como uno de los grupos indígenas de Nepal que preceden la llegada del hinduismo en la región, han adoptado a lo largo de los años muchas de las tradiciones del hinduismo, siguiendo un proceso de sanskritización típico de poblaciones que entran en contacto con el sistema de castas hindú (Srinivas, 1962). Sin embargo, este grupo no sigue muchas de las reglas de polución que generan una gran barrera entre hombres y mujeres⁴. Aún así, los roles de género dentro de la comunidad están muy marcados, siendo los hombres los únicos que se dedican al trabajo fuera del hogar –con contadas excepciones– y las mujeres las que se encargan de todo el trabajo doméstico. La responsabilidad de cuidar de los niños, los ancianos, los animales (gallinas, gansos, cabras y algún buey) y las huertas (de donde proviene la mayoría de lo que consume la familia) es exclusiva de las mujeres, y muy pocas veces se puede ver a un hombre colaborando con estas actividades. Los hombres, por su parte, tienen la responsabilidad de salir fuera de la aldea y buscar trabajo, muchos de ellos en los hoteles y actividades turísticas del pueblo próximo a Pipariya y, desde que este trabajo ya no es suficiente, en el extranjero.

Desde mi llegada a Pipariya, mi condición de mujer fue la más saliente en definir mis interacciones. Sin embargo, esta percepción estaba complejamente entrelazada con la raza y la idea que los nepaleses tienen de los extranjeros en general, y de los blancos en particular. En todos los espacios yo era percibida, primero, como una mujer europea, y no era hasta que la gente me conocía personalmente y me preguntaban de dónde era que se sabía que era argentina. De todas maneras, muy pocas personas sabían realmente dónde queda Argentina y que este país no pertenece al continente europeo. Para la mayoría de los nepaleses con los que interactué, mi rostro se asemejaba al de tantos trabajadores de ONG y de turistas que habían conocido previamente y, por lo tanto, yo debía ser tan europea, norteamericana o en su defecto australiana como esas personas. Tanto los hombres como las mujeres con los que me relacioné en Nepal interactuaban conmigo como mujer blanca capaz de comunicarme en nepalés, idioma oficial y lingua franca de Nepal.

Con respecto a mis interacciones con hombres, sin embargo, pude apreciar que el ser extranjera y de tez blanca me otorgaba privilegios por sobre mi categoría de mujer. Varias veces fui invitada a participar en cenas a las que solo los hombres de la comunidad tharu y algunos visitantes extranjeros estaban invitados. También fue muy fácil conseguir buenas entrevistas, donde migrantes retornados pasaban cerca de dos horas contándome con lujo de detalle cuáles habían sido sus experiencias en el extranjero, qué cosas habían visto y sufrido, cómo habían sido tratados por sus empleadores y qué expectativas tenían ahora que habían regresado a Nepal.

Debo aclarar que yo tenía dos contactos fuertes que me abrieron muchas puertas durante mi investigación. En primer lugar, mi asesor de tesis había vivido durante varios años en Pipariya realizando su trabajo de campo doctoral. Él conocía de cerca a muchas de las personas mayores del lugar, y ellos lo recordaban con mucho cariño. A través de él pude conectarme con el joven emprendedor quien, como ya expliqué, me ayudó a conseguir muchas de las entrevistas con migrantes. Estos dos contactos fueron clave para poder entrar en el mundo de los hombres.

Los hombres, por lo general, han estado más expuestos a interacciones con los turistas que llegan a Pipariya –que son varios, ya que esta se encuentra próxima a un parque nacional de gran atractivo para el turismo internacional. Esto hacía que se sintieran más cómodos al hablar conmigo, contándome sus expe-

riencias con gran detalle. Además, como yo estaba interesada en entrevistar migrantes, la mayoría de los hombres con los que hablé habían viajado fuera de Nepal y habían tenido contacto con extranjeros y extranjeras –aunque con estas últimas era limitado– fuera de su propio país.

Es necesario resaltar que Pipariya, como las demás aldeas y pueblos que la rodean, han sido objeto de estudio de algunos sociólogos, antropólogos, ecologistas y geógrafos estadounidenses, australianos, europeos y –en el caso de mi asesor de tesis– sri-lanqueses. Por lo tanto, las personas no se sorprendían de que un extranjero quisiera entrevistarlos y conocer sus historias. Sin embargo, la mayoría de los investigadores que han llegado a la región son hombres. Muy pocas mujeres han tenido la oportunidad de realizar sus investigaciones en esa parte de Nepal, y menos aún una joven estudiante de apenas 22 años. Esto implicó que tuve que asumir rápidamente un carácter fuerte, enérgico y decidido para ser tomada en serio por los hombres del lugar.

La siguiente situación, ocurrida casi al azar, me hizo pensar que tal vez había triunfado en mi manera de presentarme entre los hombres de la comunidad. Una tarde, habiendo finalizado las entrevistas de ese día, me encontraba sentada en el patio, charlando con una de las muchachas de la casa donde me hospedaba. De pronto, Pramesh me llamó hacia la calle. Me dijo que había un grupo de hombres de entre 40 y 50 años reunidos en la vereda de la pequeña licorería al lado de su casa y que debería ir a hablar con ellos, ya que la mayoría de sus hijos estaban en este momento trabajando en el extranjero. Hacia allí me dirigí. Gracias a esta improvisada entrevista grupal empecé a reconocer las tensiones que generaba el envío de remesas en la comunidad. Empecé por introducirme, primero como la estudiante del “sri-lanqués” –de esa forma la gente de Pipariya se refiere a mi asesor de tesis– y segundo como proveniente de Argentina. El fútbol y Messi me abrieron aún más la puerta con estos hombres: a todos les fascinaba ver a Messi jugar y durante el Mundial de Brasil habían alentado a la Selección Argentina. Luego de un ameno intercambio de comentarios sobre el fútbol argentino y el fútbol nepalés, comencé a hacerles preguntas con respecto a la migración de sus hijos y sus opiniones personales sobre el tema.

Si bien tenía en claro que hablar sobre los emigrantes era un tema delicado, nunca pensé que estas preguntas pudieran llegar a abrir una caja de Pandora. Las respuestas de estos hombres a mis in-

terrogantes eran problemáticas y contradictorias. Empezaron por quejarse, en primer lugar, de la irresponsabilidad de sus hijos al migrar. Para ellos, sus hijos estaban despreciando la cultura agrícola de los tharu, ya que todos preferían irse del país y trabajar en construcciones o como cocineros o guardias de seguridad por unas monedas antes que encargarse de manejar los campos de la familia. Al mismo tiempo reconocían que muchas de las casas de cemento o tecnología nueva que ellos ahora podían disfrutar, no estarían a su alcance sin ese ingreso proveniente de afuera.

Luego pasaron a comentar cómo muchas veces sus hijos decidían mandarle el dinero a sus esposas antes que a ellos, y que las esposas nunca lo administraban de forma correcta. Se gastaban el dinero en ellas mismas o en comprar cosas que no importaban, y no lo compartían con el resto de la familia. Hicieron hincapié en que ellas no podían ver la utilidad a futuro que tenía el invertir ese dinero o usarlo para construir una casa, en cambio lo utilizaban para mandar a los niños a escuelas privadas o incluso para divertirse ellas mismas. Me contaron el caso de un hombre de un pueblo cercano a Pipariya que se había ido a trabajar a Arabia Saudita y mandaba dinero a su esposa todos los meses. Pasado medio año, la mujer se juntó con otro hombre y se fue del pueblo con todo el dinero que había recibido de su marido. Historias como estas, que siempre pasaban en otros pueblos y que ellos habían escuchado en boca de alguien más, empezaron a ser comunes a lo largo de mis entrevistas.

Para poder entender bien la tensión que produce el envío de remesas a esposas de migrantes, es necesario comprender que los tharu son un grupo que practica, como muchos otros en Nepal, la patrilocalidad. Las mujeres, al casarse, van a vivir a la casa de sus esposos, junto con los padres y hermanos de este. Con el correr de los años, a medida que se agranda la familia, van a tender a dividirse en familias nucleares más pequeñas. Esta partición, generalmente, se debe a alguna disputa familiar por el manejo de las tierras de la familia o el manejo del hogar. En casos donde las familias están unidas todavía, cuando el hombre migra, la esposa se queda en la casa cuidando de sus suegros.

Un joven tharu me dijo en una entrevista que él cree que el ritmo de partición de las familias se está acrecentando porque las jóvenes esposas quieren independizarse lo antes posible para no tener que compartir el dinero de las remesas con sus suegros. Los tharu, que en Pipariya viven en constante oposición con sus vecinos

bahun de casta alta, tradicionalmente se han jactado de no ser tan propensos a las peleas familiares y a la partición de tierras como estos, según me comentaron los integrantes de una de las familias más grandes de la comunidad, que cuenta hoy con 15 miembros de 4 generaciones viviendo juntos. Las remesas, y junto con ellas el incremento de ingresos en el hogar, parecían estar agilizando los procesos de separación de familias conjuntas.

Esa noche dormí contenta por haber podido llegar a ese grupo de hombres que me contó sus opiniones con tanto candor y por haber encontrado una veta importante que investigar. Era en esa discrepancia entre quién debía recibir las remesas y administrarlas y quién no donde yacía el foco de mi investigación.

ACERCÁNDOME A LAS MUJERES, UN IDIOMA A LA VEZ

A estas conclusiones arribé luego de completar mi primera estadía en Nepal. Fue entonces que decidí que, cuando regresara al país para mi segundo período de investigación, debía enfocarme en entrevistar mujeres y aprender cómo estas lidiaban con la ausencia de sus maridos y la tensión que esta ausencia producía en el hogar. Sin embargo, en cuanto regresé a Nepal y comencé a entrevistar mujeres, me encontré con que no era tan fácil llegar a ellas y conseguir que me confiaran sus experiencias como lo había sido con los hombres. Mis preguntas hacia las mujeres tocaban temas mucho más personales y sensibles. Yo quería saber cómo ellas se sentían cuando sus esposos decidían migrar, qué poder de decisión tenían dentro del hogar, qué planes tenían para las remesas y si eran ellas las que las administraban.

Dos obstáculos se hicieron presentes desde un principio en mis entrevistas. En primer lugar, volviendo a las tensiones que existen en familias conjuntas donde la nuera y sus suegros comparten el espacio, muchas veces al querer entrevistar a una joven tharu cuyo esposo trabajaba en el exterior, la suegra se acercaba al lugar en el que estábamos hablando y prestaba detenida atención a todo lo que decía su nuera. Es importante aclarar que, si bien a los hombres era más fácil entrevistarlos en lugares públicos, ya sea un negocio, un bar o en la vereda misma, las mujeres siempre están dentro del hogar o del recinto de sus casas, generalmente realizando tareas domésticas. Por lo tanto, las entrevistas con mujeres debían hacerse entre baldes de ropa que se estaba lavando, arroz que se cocinaba para la cena o durante la preparación de esterillas. Al notar que su

suegra u otros familiares estaban cerca, la joven decidía no hablar más o daba respuestas acotadas a mis preguntas.

En segundo lugar, la mayoría de las mujeres tharu no se sentían cómodas hablando el nepalés, único idioma del país que yo dominaba. Los tharu hablan su propia lengua, tharu bhaasaa, que si bien es afín al nepalés, no se le parece lo suficiente para ser inteligible. Las mujeres mayores de 40 años, que en su mayoría no habían tenido oportunidad de ir a la escuela, podían entender un poco de nepalés, pero no lo hablaban. Las más jóvenes, si bien lo entendían y hablaban con fluidez, preferían no hablarlo –en parte, creo yo, como un acto de resistencia contra la dominancia lingüística y cultural de los bahun, para quienes el nepalés es su idioma nativo. Muchas de estas mujeres se sentían intimidadas por mi presencia, me consideraban una extraña –con razón– y me era muy difícil entablar conversaciones fructíferas con ellas.

Estas barreras me llevaron a tratar de ingeniármelas. Yo había aprendido gracias a Lynn Bennett –y confirmado durante mi estadía en Katmandú– que la manera en que las mujeres jóvenes son aceptadas dentro de un nuevo hogar cuando recién se casan es a través de la realización de la mayor cantidad de tareas domésticas. En realidad, las tareas de un hogar nepalés son arduas y a nadie le gusta hacerlas, por lo que se las encomiendan a las más jóvenes. En este contexto, una mujer que trabaja sin quejarse es mucho mejor percibida que aquella que se queja. Es decir, una mujer trabajadora es más fácilmente aceptada por las otras mujeres.

De igual manera, en la narración de su estadía en Pipariya, Bjork (1999) cuenta que su primer intento por integrarse a la comunidad fue ofrecerse a ayudar a preparar el barro con el que las mujeres luego emplastan el piso de sus hogares. Aunque en un principio las mujeres consideraron que ella no estaba preparada para hacer ese trabajo, e incluso se rieron de ella, con el tiempo la fueron dejando participar cada vez más en las tareas domésticas. Mi experiencia en Katmandú había sido similar. Durante las primeras semanas que pasé en Nepal, mi incapacidad para hacer trabajos del hogar limitó mi participación en el espacio doméstico femenino. Sin embargo, con el tiempo fui aprendiendo a hacer ciertas tareas –como lavar ropa a mano, cortar el pasto para alimentar a las vacas, preparar algunos vegetales y ayudar con los niños más pequeños– de la manera en que lo hacían otras nepalesas. De a poco, las mujeres de la familia que me hospedaba en Katmandú fueron abriéndose a mí, sintiéndose más cómodas con mi presencia e invitándome a participar en sus actividades.

Mientras estaba haciendo un curso intensivo del idioma, era bastante fácil dedicar mi tiempo libre a tareas del hogar. Esto se hizo más difícil al comenzar la parte más intensa de mi investigación y mudarme desde Katmandú hacia Pipariya. Sin embargo, para mí era muy importante llegar a las mujeres, que ellas me permitieran entrar en la esfera que no les está permitida a los hombres.

Decidí intentar acercarme al menos a una mujer con la que pudiera entablar conversación y que me ayudara a orientar el acercamiento al resto de las mujeres. Fue así que conocí a Anisha, quien vivía en la misma casa donde me estaba quedando, tenía la misma edad que yo y me ayudó generosamente con mi proyecto. Ella, habiendo terminado la escuela secundaria, se sentía relativamente cómoda hablando el nepalés –si bien prefería no hacerlo– y se apiadó de mí y de mi incapacidad para comunicarme en tharu bhaasaa. Le comenté el interés de hablar con las mujeres de la comunidad y le conté cuál era el objetivo de mi investigación. Ella se ofreció a acompañarme en mis entrevistas con mujeres, actuando como traductora en incontables ocasiones. A veces, solo me hacía el contacto inicial con quienes quería entrevistar y luego desaparecía en silencio, para darles privacidad a las mujeres durante la entrevista. Otras veces se quedaba allí traduciendo del tharu al nepalés y a veces, del tharu al inglés. La amistad que entablé con Anisha no solo me ayudó a completar mi proyecto, sino que me hizo sentir acompañada en los días en los que más sentía que las dificultades del proyecto eran insondables.

Gracias a que Anisha me había aceptado como amiga pude empezar a conocer mejor a todas las otras mujeres que vivían en el mismo recinto que ella. Así, pude entablar relación con sus primas, cuñadas y amigas. Algunas de ellas se interesaron en mi proyecto. Su cuñada mayor incluso se ofreció como participante, ya que su marido estaba trabajando desde hacía 7 años en los Emiratos Árabes Unidos. Esta buena relación con las mujeres de la casa en la que me estaba quedando me permitió discutir mis ideas con ellas, y así pude entender mejor algunas de las cosas que el resto de las mujeres de Pipariya insinuaban en nuestras entrevistas.

Si bien la barrera del idioma estaba relativamente resuelta, todavía tenía que encontrar la forma de hablar con algunas mujeres sin la sombra de la suegra rondando. En su libro *A field of One's Own*, Bina Agarwal (1994) argumenta que la subordinación de la mujer en zonas rurales del sur de Asia está ligada a que no le es posible acceder a la posesión de tierras. Como tal, las mu-

eres están constantemente negociando su posición dentro del hogar y esto define la cantidad de poder, o no, que cada mujer tiene. Teniendo esto en cuenta, empecé por observar la dinámica entre las mujeres de cada casa donde iba a entrevistarme, esperando de esta forma poder identificar ciertas tensiones y evitar tener la conversación cerca de personas que pudieran intimidar a mi informante. Intenté observar así a quienes eran las cuñadas (hermanas del esposo de quien quería entrevistar) y quienes eran con cuñadas (esposas de los hermanos del esposo de la mujer), con quienes se comparten muchas de las penurias de tener que pagar derecho de piso en el nuevo hogar. También prestaba atención a dónde se encontraba generalmente la suegra y ver qué espacios en el patio o la galería de las casas eran apropiados para poder tener la entrevista alejada de ojos y oídos curiosos. No siempre tuve éxito en esta búsqueda, muchas de las entrevistas que hice a mujeres que vivían en familias conjuntas se vieron interrumpidas por la llegada de algún familiar. La mayoría de las observaciones las tuve que basar en entrevistas a mujeres cuyas familias ya se habían separado y vivían ahora solas en casas propias o con sus hijos pequeños.

La complejidad de mis interacciones con las mujeres de Pipariya me motivó a reflexionar en el rol de la mujer nepalesa dentro y fuera de su hogar. Tuve que replantearme constantemente la manera en la que debía conducir mis entrevistas, intentando que nuestras conversaciones fueran honestas y genuinas a pesar de las barreras y dificultades. Esta motivación a la reflexión me permitió comprender de manera más holística todos los espacios que ocupaban ellas dentro de su comunidad, y cómo estos espacios se han ido transformando a través del paulatino y constante movimiento de hombres al exterior del país.

CONCLUSIONES

Lo descrito en este ensayo forma parte de los obstáculos más grandes que encontré en mi relación con los hombres y mujeres de Pipariya. En el camino aprendí otras cosas sobre cómo el género determina el comportamiento de las personas como, por ejemplo, que el mejor momento del día para entrevistar a un hombre es por la mañana, antes de que salga a hacer algún mandado o trabajito al pueblo, o por la noche, cuando vuelve al hogar. En cuanto a las mujeres, la mejor hora del día para hablar

con ellas es siempre a la hora de la siesta, cuando no hay mucho trabajo que hacer y pueden darse un respiro. Todas estas observaciones sobre interacciones simples y complejas me ayudaron a comprender la importancia de realizar mi investigación otorgándole el espacio necesario al análisis del género.

En cuanto a mi propia posicionalidad dentro de la comunidad, hice equilibrio permanente sobre la delgada línea entre comportarme cálida y accesible para ser socialmente aceptada por las mujeres, y comportarme de forma más segura y firme para poder ser tomada en serio por los hombres. A partir de la reflexión y el análisis intensivo de cómo mi condición de mujer afectaba la forma en que las personas interactuaban conmigo es que pude encontrar el enfoque de estudio más interesante para mi proyecto. Esto me permitió otorgarle la importancia necesaria –y muchas veces silenciada– al rol que cumplen las mujeres de la comunidad como financiadoras, facilitadoras y acompañantes emocionales de la emigración masculina.

Un año después, y cuanto más reflexiono sobre mi experiencia en Nepal, me doy cuenta de que mi investigación era en ese momento –y lo sigue siendo hasta ahora– más grande y más compleja de lo que una estudiante de grado puede llegar a apreciar. Solamente he alcanzado a rozar la superficie de un fenómeno que está modificando rápidamente las relaciones intrafamiliares en la comunidad de Pipariya.

Por lo pronto, dentro del marco de mi investigación dejé en lo posible que las categorías que yo desarrollo sean las que aparecieron en boca de quienes entrevisté. La migración internacional es un tema tan importante y presente en la vida de tantas familias en Pipariya que todos los miembros de la comunidad tienen algo para decir al respecto, todos se han formado opiniones fuertes sobre la migración, y mucha gente no dudó en compartirlas conmigo.

En un análisis futuro y más profundo de mis interacciones en Pipariya, y de mi rol como investigadora en el lugar, sería indispensable analizar no solo el género, sino también otras dos categorías que se hacen evidentes a lo largo de esta reflexión: raza y clase social. Un análisis interseccional entre estas tres categorías permitiría, en primer lugar, complejizar el análisis reflexivo. En segundo lugar, prestarle más atención a cuestiones raciales dentro de Nepal y a la diferenciación del trato hacia mí por parte de los tharu o de los bahun, lo que puede ayudar a definir mejor las tensiones entre estas dos comunidades. Por último, profundizar en el análisis de género

y en el rol de las mujeres tharu dentro y fuera del hogar permitiría llegar a conclusiones mucho más determinantes respecto a cómo las mujeres han ido, en los últimos años, reconfigurando el espacio que ocupan dentro la comunidad por efecto de la emigración masculina. Por ahora, es crucial identificar que algo está cambiando en Pipariya, y que estos cambios están ahí para quedarse.

BIBLIOGRAFÍA

AGARWAL, B. (1994). *A Field of One's Own: Gender and Land Rights in South Asia.* Cambridge: Cambridge University Press.

BENNETT, L. (1983). *Dangerous Wives and Sacred Sisters.* New York: Columbia University Press.

BJORK GUNERATNE, K. (1999). *In the Circle of the Dance: Notes of an Outsider in Nepal.* Ithaca: Cornell University Press.

BOOTH, R. (2013, 26 DE SEPTIEMBRE). Qatar World Cup construction 'will leave 4,000 migrant workers dead'. *The Guardian.* Visto en: <https://www.theguardian.com/global-development/2013/sep/26/qatar-world-cup-migrant-workers-dead>

DE LA CUESTA-BENJUMEA, C. (2011). La Reflexividad: un asunto crítico en la investigación cualitativa. *Enfermería Clínica*, 21(3),163-167

GUBER, R. (2001). *La Etnografía. Método, campo y reflexividad.* Bogotá: Grupo Editorial Norma.

MÜLLER-BÖKER, U. (1999). *The Chitwan Tharus in southern Nepal: an ethnoecological approach.* Stuttgart: Steiner.

ROSALDO, R. (1993). Introduction: Grief and a Headhunter's Rage. En R. Rosaldo (Ed.), *Culture and Truth: The Remaking of Social Analysis.* Boston: Beacon Press.

SRINIVAS, M.N. (1962). *Caste in Modern India: And other essays.* Bombay: Asia Publishing House.

WORLD BANK (2017). Personal remittances, received (% of GDP). Visto en: https://data.worldbank.org/indicator/BX.TRF.PWKR.DT.GD.ZS?locations=NP&name_desc=true